

Conexión Zaquencipa

Estamos escribiendo nuestra historia

EDICIÓN ESPECIAL: PATRIMONIO



CONTENIDO

INFORME ESPECIAL: PATRIMONIO

<u>Editorial</u>	3
<u>La escandalosa forma de deshabitarnos</u> por Mónica Perea Esparragoza	5
<u>Reapropiación, creación y movilización cultural</u> <u>como estrategias del patrimonio vivo</u> Monika Therrien	10
<u>La adrenalina de la sostenibilidad</u> por Olga Lucía Riaño	16
<u>«Ginomonía» cultural</u> por Fernando Baena Vejarano	20
<u>«Villa es una joya que hay que cuidar</u> <u>permanentemente»</u> , por Isabella Recio Calero	24
<u>Fe en el patrimonio</u> , por Diego Castañeda	29
<u>La iglesia del Carmen de Villa de Leyva:</u> <u>ejemplo de continuidad arquitectónica</u> por Diego de Castro Korgi	32
<u>Ruinas de Gachantivá Viejo o patrimonio</u> <u>rescatado</u> , por Jairo Barbosa	38
<u>Recorrer el patrimonio:</u> <u>al rescate del camino real</u>	42
<u>Recuperación del templo de Sáchica</u> por Pedro P. Rojas	45

Director Fernando Cordovez

Editor Gustavo Mauricio García Arenas

Comité Editorial Ana María Echeverri, Arturo Bedregal
Revisión tipográfica Àngela García **Webmaster** Ana Arango

Fotografía portada Fernando Bello Mendoza

Diseñadora Juana María Mesa Gandur

Villa de Leyva, Alto Ricaurte, Boyacá
conexionzaquencipa@gmail.com
+57 310 7114270

EDITORIAL

La conservación y restauración del patrimonio cultural y natural son prácticas fundamentales para preservar la memoria colectiva, las identidades locales y los ecosistemas que sustentan nuestra vida. Al abordar estos procesos, nos enfrentamos a escenarios que, aunque a menudo cotidianos y cercanos a nuestra experiencia diaria, esconden significados profundos y múltiples dimensiones de valor —cultural, histórico, social, natural y científico— que rara vez apreciamos en su totalidad.

En el caso del valle de Zaquencipa, el patrimonio que debemos proteger es especialmente diverso y valioso, pues abarca un espectro que va desde vestigios prehistóricos y paleontológicos hasta huellas arqueológicas y elementos históricos, pasando por importantes recursos naturales, edificaciones de interés cultural con un marcado valor antropológico. Este territorio, que en tiempos remotos fue habitado por dinosaurios y es conocido como una cuna de la humanidad, alberga en su seno la laguna sagrada dentro del santuario de fauna y flora del macizo de Iguaque, un espacio de vital importancia ecológica y espiritual.

Cada paraje del valle, cada estructura ancestral, cada curso de agua, representa un fragmento de un pasado rico, misterioso y aún por descubrir completamente; un presente que combina el encanto de su patrimonio vivo con el desafío del abandono o la degradación; y un futuro que depende directamente de nuestras decisiones y acciones, siempre con la urgencia de evitar que su fragilidad y amenaza se conviertan en descontrol irreversible. Así, la conservación y restauración no son solo tareas técnicas ni monumentales, sino actos conscientes y colaborativos que integran conocimientos científicos, tradiciones culturales y participación social.

En esta edición, encontramos testimonios esperanzadores y ejemplos de compromiso riguroso, como la restauración del templo doctrinero de Sáchica, que refleja un esfuerzo detallado y responsable por recuperar y revitalizar un patrimonio religioso, histórico y simbólico.

Asimismo, Ecoparques —del municipio de Santa Sofía— resalta cómo el turismo inteligente puede ser una herramienta efectiva para armonizar el desarrollo económico con la protección ambiental y cultural, cuando trabajan de la mano las comunidades locales que reconocen y valoran su propio legado. También tenemos en el territorio la Asociación Agroecoturística Caminos Ancestrales de Sutamarchán, una iniciativa comunitaria para proteger, rescatar y dar a conocer el camino indígena que comunica lo que hoy es Vélez con el valle de Suta.

Estos procesos de conservación, sumados a otros igual de significativos que encontrarán en la revista, más allá de preservar la memoria, funcionan como motores de desarrollo social, educativo y ambiental, que fortalecen el sentido de pertenencia y fomentan prácticas responsables. De esta forma, el valle de Zaquencipa se convierte en un territorio de extraordinaria riqueza patrimonial y en un laboratorio viviente, donde la ciencia y la sociedad conjugan esfuerzos para salvaguardar su legado para las futuras generaciones. 



*“Ser artesano es
dejar que el
ALMA
salga a la luz
transformada
en obra”.*

Parque Ricaurte, Villa de Leyva

📍 Carrera 9 # 15A-05

📷 @almabazar.villa

📞 3208732538

La escandalosa forma de deshabitarlos



Por Mónica Perea Esparragoza

Tal vez hay privilegios y derechos que no sabemos valorar hasta que se pierden. No se trata de monumentos o cosas tangibles, sino de lo contrario: sutilezas y presencias cuya importancia, tal vez, ni siquiera dimensionamos. Justo porque no hacen ruido. Pasan desapercibidos hasta que notamos que los hemos olvidado.

De niña y joven descubrí uno de los lugares que más me acogió: la Biblioteca Luis Ángel Arango.

Amaba estar allí, donde el tiempo parecía no tener derecho a entrada y quedaba suspendido bajo un letrero fijo: *Guarde silencio*. Con los años, descubrí que también amaba el teatro y el cine, lugares donde la misma recomendación hacía gala. Y cuando se respetaba, algo pasaba dentro de mí: accedía a un estado de ser fuera de lo cotidiano.

Este valle de Zaquencipa, protegido por un santuario de flora y fauna, parece haber atraído a personas

que no se detienen en lo que esa palabra —santuario— y el lugar sugieren. El recogimiento, por ejemplo, al que invita una tierra como esta, supone un modo de andar, una naturaleza del ritmo que inclina más a la quietud que al movimiento. Y no me refiero a estar estáticos, sino a que el frenesí de la ciudad desacelere en estos parajes. Como si la propia tierra tuviera su respectivo letrado que infiere la misma actitud, frente al conocimiento, ahora frente a la madre tierra.

**El silencio
conduce a la calma
y se constituye
en un patrimonio
inmaterial que
cada humano
debería cultivar y
honrar.**

Solo así no alteraremos el patrimonio inmaterial que no solo sostiene el encanto del santuario, sino que refleja, en cierto modo, la adolescencia de la humanidad: caótica, descomulgada, furiosa y en exceso abocada al escándalo y la incompetencia. Parece que todo lo que nos invite al reposo de los sentidos, a la contemplación, más que entrada al mundo del rito, se convirtiera en algo aburrido, por quieto, por dormido, por silente.

Te preguntarás, lector, a qué le doy tantas vueltas. Hablo de alguien, de algo, que pese a no tener voz, suena, que aunque no ocupa espacio, se experimenta: sí, el silencio. Ese que

conocí primero como reglamento en una biblioteca, casi como ritual de paso para quien quiere aprender o saber. Esa inmensidad que encierra toda una dimensión de comprensión y entendimiento.

En *La historia interminable* de Michael Ende, aparece Uyulala, como una entidad, guardiana de un secreto profundo. Llegar a él solo es posible luego de que las esfinges y los espejos dejen pasar al héroe. Uyulala sabe por qué está muriendo Fantasia bajo los mordiscos de la Nada. Antes de contárselo a Atreyu, en su canto de despedida, triste y lejano, le hace notar cómo se ha dejado de oír su propia voz. Esa voz es: el silencio.

Caminar por un santuario como este y escuchar los ruidos de las motos, las decenas de chivas con sus alaridos o los escandalosos decibeles de algunos eventos en la plaza, se convierte en una forma de violencia. Una agresión. La naturalización del ruido. Si bien la entropía fue necesaria para que el caldo cósmico preparara su receta existencial, casi estoy segura de que debió haber una etapa uterina, en la que alguna cápsula de vacío nos resguardó del monstruo de la bulla y del frenesí que suele acompañarla. Aquí, ahora, el ruido se ha convertido en el vecino más molesto.

Estamos acostumbrados a pensar que la violencia es solo el ejercicio físico de la fuerza, pero desterrar los espacios de silencio —no solo como lo que son, lugares que invitan a la interioridad— es una de las

formas más normalizadas de tratarnos sin respeto. Sin consideración, por ejemplo, de que el templo de la noche no debería ser transgredido por los cuchillos lacerantes del escándalo musical, la algarabía exacerbada por los parlantes o el ruido hiriente de la pólvora.

**Escuchar el ritmo
de la respiración.
Notar que siempre,
incluso dentro
de un espacio de
ruido, puedo elegir
el silencio.**

El silencio no solo conduce a la calma y abre la senda hacia el interior, sino que se constituye en un patri-

monio inmaterial que cada humano debería cultivar y honrar. Porque no basta con sellar los labios cuando todo en nosotros constituye una estridencia.

La invitación de este texto es simple: vivir honrando y buscando el silencio. Darle entrada, dejar que su voz profunda se entone y se enrede entre las copas de los árboles, que juguetea con el viento y se siente a contemplar con nosotros la montaña, como una neblina espesa que permite que el sol del entendimiento ilumine.

Estamos urgidos de acallar sermones y discursos estridentes. Es tiempo de invitarnos a disfrutar del silencio. Ese que no solo habita en los lugares donde no llegamos a in-





vadir ni a depredar, sino también ese pozo interior al que podemos aproximarnos en el vaivén de un fuelle interno que expande y contrae. Y que al seguir sus ondulaciones nos va sosegando. Acunando.

El silencio, hermano siamés del aire, leve discurrir de la existencia, requiere no ser herido más, ni adentro ni afuera. Si alguna vez tuviera un cuerpo, lo veríamos enfermo, desterrado, olvidado. Que su transparencia y delicadeza no nos haga obviarlo.

El silencio es una caricia, un remanso, un indicador de que hemos podido atar el potro de nuestros instintos más primarios y darle la bienvenida a la reflexión sin juicios, a la postergación del lenguaje. Aun

este texto, en sí mismo, ya podría ser un escándalo. ¿Cómo recuperar lo sutil, lo leve, lo prudente?

Caminar por un santuario como este y escuchar los ruidos de las motos, se convierte en una forma de violencia.

En silencio quisiera caminar por estas calles de piedra, recorrer sus rincones sin que la materia irrumpa con furia y más bien dejara que el espíritu de las cosas danzara ligero sobre la faz de la tierra. Sin que de un hotel o de un restaurante me espantaran los decibeles de

lugares que creen no ser interesantes si usan un volumen discreto.

Para el silencio es este gesto, este deseo de que haya una orilla donde podamos borrar la silueta de las palabras habladas, incluso de estas quedas, pero que, al fin y al cabo, al ser presencia ya imprimen su forma y entonces dejan de visitarlo. ¿Cómo elevarme por encima del propio bullicio mental? ¿Cómo proteger a este etéreo protagonista de la atmósfera de la existencia?

Hace muchos años, leyendo a una poeta, recuerdo que sentí que debía entrar de puntillas al texto. Buscando no chocar, no levantar la piel del mundo o, tal vez, sí, si se ha vuelto velo y ya no sabe escuchar ni disfrutar de la vacuidad. Así creo, hay que aprender a convivir con la música de las esferas.

Acallar la multitud. Separarse de la desintegración. ¿Cuál es el ruido que más molesta? Los dos rostros

de este patrimonio inmaterial de la raza humana: no vivir para devorar el tiempo y, a la vez, apagar la máquina mental. Notar que el ruido también puede ser, y principalmente lo es, mental y visual.

La exacerbación de estar ocupados, la creencia de no poder parar y la sensación de que atender e identificarnos con los pensamientos es más relevante que escuchar el ritmo de la respiración. Notar que siempre, incluso dentro de un espacio de ruido, puedo elegir el silencio.

Puedo atender a su cadencia y separarme del mundo. Si además lo propicio y lo cultivo en el entorno; si reconozco que hay espacios que nos piden, en forma ritual, la urgencia de callar, ya estaríamos siendo más armoniosos y creando un lugar más pacífico.

Por ahora, ya ha sido suficiente alaraca verbal, mejor hago mutis. 



Reapropiación, creación y movilización cultural como estrategias del patrimonio vivo



Villa de Leyva - Colombia

Por Monika Therrien

Estamos acostumbrados a oír que el patrimonio cultural es la herencia del pasado y lo que debemos conservar para el futuro. Esto ha sido traducido, invariablemente, en que quienes deben asumir la conservación o salvaguardia y protección

sean los expertos y las entidades estatales, mientras las comunidades han de apropiarse los bienes y manifestaciones y convertirse en sus guardianes. Bajo esta acepción, el patrimonio cultural se entiende como el elemento (inmueble,

mueble o arqueológico) o producto humano (artesanía, instrumento musical, vestuario, tarima de espectáculo, entre muchos otros) cosificado como reliquia y preciosidad digno de ser admirado.

Así, muchas «herencias» se anclaron en materialidades, como es el caso del centro histórico de Villa de Leyva y otros, que, por sus «calles, plazas, plazuelas, murallas, inmuebles, incluidos casas y construcciones históricas, en los ejidos, inmuebles, etc., incluidos en el perímetro que tenían estas poblaciones durante los siglos XVI, XVII y XVIII» (Ley 163 de 1959), fueron patrimonializadas para efectos de su conservación y protección.

Es necesario crear estrategias para reappropriar el centro histórico, al que se le vienen despojando las valoraciones comunitarias.

En general, el proceso de selección de estos bienes y manifestaciones culturales ha sido liderado por quienes se han formalizado como especialistas o han sido avalados por la institucionalidad que rige normativamente este campo del patrimonio cultural. Sus conocimientos académicos y la mirada educada, que supone la capacidad de discernir la autenticidad histórica y estética de aquello «patrimo-

nializable», se convierten en el discurso que alimenta los valores, que diferencia, separa y legitima aquello que hacía parte de un todo en la vida cotidiana de las poblaciones, de la que generalmente no hacen parte estos actores con poder e intereses científicos.

En este escenario, lo problemático no son los bienes y manifestaciones culturales en sí, sino lo ajeno y lo inflexible que resultan ser estos valores técnicos, frente a como son vividos, usados, representados y significados por grupos, colectivos o comunidades en el presente. Sin los afectos, emociones, memorias, apreciaciones e incluso tensiones por los valores plurales que asocian a estos grupos con el patrimonio cultural, este pierde sentido y relevancia; es poco plausible su futuro. Asimismo, tanto las valoraciones técnicas, como las intervenciones de la materialidad para conservar o salvaguardar un ideal de esplendor pasado, sin hacer valer los usos y las significaciones de las comunidades actuales asociadas a los bienes y manifestaciones, aferran su concepción como distantes y estáticos. Y en tanto tal, el patrimonio cultural es presa fácil de intereses políticos, los que, escudados en estos valores técnicos inmutables, imponen los discursos de progreso y adelanto, del lucro económico inmediato — con una turistificación no planificada, principalmente— y para el favorecimiento del beneficio particular sobre el colectivo.

¿Cómo se llega a esta situación? Un breve recorrido del proceso de

elaboración del Plan Especial de Manejo y Protección – PEMP, del centro histórico de Villa de Leyva, puede servir como un ejemplo. Según la normativa colombiana del patrimonio cultural, por la que vela el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, la elaboración de este instrumento de gestión comprende dos etapas: el diagnóstico de la materialidad (inmueble, e inmueble más recientemente incluye el patrimonio cultural inmaterial manifestado en esta materialidad) y la formulación para su protección, conservación y divulgación. Previo al PEMP, el bien cultural debe estar incluido en una lista representativa de patrimonio cultural o se ha de reafirmar su permanencia en dicha lista, es decir, que esté declarado como tal, para lo cual debe cumplir con ciertos criterios y valores, denominados aquí técnicos y esta sería su única utilidad.

Esto va en contravía de lo practicado en el plano internacional, pues, aunque la conservación de la materialidad fue durante mucho tiempo el propósito primordial de la patrimonialización, ante su ineficacia o fragilidad, el lugar central giró hacia las comunidades. En este sentido, actualmente el patrimonio cultural se concibe como dispositivo para tejer y fortalecer comunidades, generar beneficios colectivos, y el bien-estar social, como lo plantea Llorenç Prats, es un «recurso para vivir» (2005: 32).

Y esto fue lo que se tuvo en cuenta en la elaboración del PEMP, los significados, emociones y memorias que emergieron en los espacios de diálogo con las comunidades, y los bienes y manifestaciones a los cuales los asociaron. Así, el diagnóstico y la formulación del PEMP se fundamentaron en estas valoraciones



comunitarias, para evaluar y promover su fuerza y potencial, a diferencia del rol limitado y limitante de los valores técnicos fijados en la materialidad.

Incluso, más allá de una divulgación técnica de un discurso experto, el PEMP definió una estrategia de comunicación orientada hacia la participación ciudadana en los espacios de toma de decisiones sobre el patrimonio cultural, en aras de mantenerlo en consonancia con las vivencias, los usos y las prácticas de las comunidades locales.

No obstante, y aunque la normativa nacional enuncia una pretendida horizontalidad en el proceso que garantiza las relaciones de la comunidad con los bienes y manifestaciones culturales, iniciativas como las plasmadas en el PEMP del centro histórico de Villa de Leyva terminan por ser filtradas y decantadas hacia el discurso estandarizado por la institucionalidad, en este caso del ministerio. En la resolución ministerial que emana del documento, las valoraciones comunitarias pasaron a ser una anécdota; la protección, conservación y gestión fueron orientadas a la materialidad, mientras que la estrategia de participación ciudadana como herramienta de cogestión, coproducción y corresponsabilidad respecto a los significados, emociones y memorias fue reemplazada por un enfoque hacia el turismo, silenciando a las comunidades locales y dando libertad a la autoridad local de tomar o acomodar decisiones acordes con sus intereses políticos.

En el mundo ideal, el PEMP debería ser un instrumento de participación y negociación entre el poder político y la sociedad civil, pero según esa misma normatividad, el discurso y las prácticas de poder y decisión quedan en manos de la autoridad local. Tanto, que puede hacer caso omiso a lo contenido en el PEMP o acomodar sus condiciones. Y esto se ha plasmado en la realidad, como se evidencia en lo que ha sucedido con las valoraciones con que las comunidades perciben, habitan y asocian con el centro histórico.

**El patrimonio cultural
es presa fácil de
intereses políticos
que, escudados en
valores técnicos
inmutables, imponen
los discursos de
progreso.**

Una de las valoraciones emergentes en el diálogo comunitario fue la del «estilo villaleyvano» como el saber maestro de las técnicas tradicionales de construcción, la imagen urbana con su lenguaje arquitectónico armónico, modesto, pero, a la vez, adornado con una vegetación colorida de contraste con el blanco de las fachadas y la posibilidad de transitar tranquilamente y estar inmerso en esta. Esto se ha visto apabullado y suplantado por diseños arquitectónicos que idealizan un pasado colonial inexistente, que rompen el ritmo de las fachadas para dar paso a egos en busca de

distinguirse, o «espectacularizaciones» como forma de *merchandising* para atraer clientes, ni qué hablar de los cientos de vehículos que inundan el centro entorpeciendo y obstaculizando la apreciación visual-sensible-peatonal, eso a lo que dan significado las comunidades locales.

En cuanto a los valores estésicos de lo sensorial y experiencial, también expresados en los espacios participativos, como el silencio, los fenómenos astronómicos, los contrastes del día y la noche, además de los centros de manzana con jardines y frutales en los que transcurría una cotidianidad serena y apacible, han transmutado en agitación y excitación, con músicas, tráfico y eventos estridentes como gancho para los turistas, más y más iluminación anulando el ciclo día/noche, además del agotamiento del poco verde que brinda oxígeno y fresco al centro, para construir más habitaciones o zonas duras para complacer al turista.

**En la resolución
ministerial, las
valoraciones
comunitarias
pasaron a ser una
anécdota y fueron
orientadas a la
materialidad.**

Ni qué decir de los lugares o espacios significados como de encuentro, relacionamiento, ritualidad, de oficios y de economías tradiciona-

les o populares, como la plaza de mercado, en los que la autoridad, escudándose en la valoración técnica estática e inmutable, sucumbió al discurso del progreso y adelantó como borramiento de su antítesis de atraso, humilde y apocado que afea la ilusión de mostrar desarrollo y prosperidad al turista. Con lo que, paralelamente, se satisfacen y favorecen particulares a cambio de alianzas, coimas y adhesiones políticas.

Para contrarrestar estos discursos y prácticas de poder ejercidos por las voces y filtros autorizados, es necesario crear estrategias para reapropiar el centro histórico, al que se le vienen despojando las valoraciones comunitarias y que hacen de este un patrimonio vivo por las emociones, memorias, afectos y usos dados desde la cotidianidad por la población local. Vuelvo al ejemplo de la plaza de mercado que, a pesar de la destrucción e imposición de una nueva materialidad, como lo han manifestado algunos grupos y colectivos, estos «conservan» las valoraciones de este como lugar de oficios y economías populares con el cual buscan reapropiarlo, en tanto otros grupos buscan resignificarlo como escenario de creación cultural y artística, en línea con brindar espacios de tejido social y bien-estar.

Pero esto no es posible ni consecuente desde la pasividad, la búsqueda de favores o beneficios particulares. Hay que construir los mecanismos de negociación, por encima e independientemente de



estas actitudes o pretensiones personales, gestionando espacios (comités, juntas, consejos) que abran de nuevo estos diálogos y una reflexión crítica, entre lo técnico, lo político y comunitario, para recuperar el patrimonio vivo propio. Es indispensable su agencia, su acción decidida, de reunir poco a poco amigos, interesados, conocidos, y de convocar e interpelar a técnicos y autoridades locales, para construir alternativas que conduzcan a un manejo responsable del turismo, que detengan la gentrificación y que eviten la espectacularización, la trivialización y, finalmente, el vaciamiento de significados por sobreexplotación del centro histórico, que puede llegar a convertirlo en un no-lugar, como lo enuncia Marc Augé (1993), y que ya estamos presenciando en el país y en otros lugares del globo. 9

Augé, Marc. 1993. *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.

Prats, Llorenç. 2005. «Concepto y gestión del patrimonio local». *Cuadernos de Antropología Social*, 21: 17-35.

La adrenalina de la sostenibilidad

Por Olga Lucía Riaño

Puentes colgantes o de cristal, malla catamarán a 200 metros sobre el río, péndulo al vacío, bicicletas cerca del cielo, tirolesas y la escalera colgante más larga del país son algunas de las sensaciones extremas que ofrecen dos ecoparques en Santa Sofía, el más joven de los municipios del Alto Ricaurte y lugar con el que la naturaleza ha sido especialmente generosa.



«Pero eso es un pretexto», dice Germán Bustos Roldán, uno de los gestores de este proyecto que produce verdadero vértigo, no cuando se mira desde una hamaca colgante sino al descubrir lo que encierra y su modo de rescatar y salvaguardar el patrimonio con tesón. Sostenibilidad, amor por la naturaleza, conservación del acervo, preservación de la cultura local, desarrollo económico y un impecable sentido de comunidad son los cimientos de este esfuerzo que rescata las riquezas de Boyacá: su gente nativa, paisaje, flora, fauna, recursos hídricos e historia.

Ty Xie, la tierra del canto del río

Los dos ecoparques responden a accidentes geográficos imponentes. El Paso del Ángel, en la vereda Guatoque, es un mirador natural que parece

flotar en el aire; es el filo de 35 cm de ancho de una montaña que rodean dos cañones, uno de 60 metros de altura, de la quebrada Guatoque (quebrada de monte, en lengua muisca), y otro de 200 metros, del río Moniquirá. Como ecoparque abrió en abril de 2021. La tierra donde se ubica recibe el nombre de *Ty Xie*, que quiere decir canto del río.

La cascada El Hayal, en la vereda Salitrillo, es una maravilla natural con una caída de 150 metros aproximadamente, que corre por una formación rocosa. Resulta de la convergencia del río Moniquirá y la quebrada La Cruz en la montaña Guadalupe, cuya altura asciende a 2967 m s. n. m. en la cordillera Oriental de los Andes.



La cascada, además, era un sitio sagrado para los muisca, que realizaban allí ceremonias y rituales para conectarse con lo divino y proteger la fertilidad de la tierra. Está abierta al público desde agosto de 2024.

Si bien ambos parques abrieron hace poco, hay años de trabajo y esfuerzo detrás.

Cinco mil árboles, ecoturismo y comunidad

El ecoturismo anda muy de moda, pero de usar la palabra a practicarlo hay un enorme trecho. No es solo la contemplación de un paisaje que incluso

puede ser artificial o foráneo, lo que además produce impactos ambientales y culturales negativos. Implica, de manera contundente, armonizar el disfrute de la naturaleza con el respeto profundo por el medio ambiente y las comunidades locales.

**«Cavó hasta
que encontró
el nacimiento
de agua. De ese
terreno seco y
árido nació un
hermoso bosque
que continúa en
crecimiento».**

En el Hayal y en el Paso del Ángel para el diseño de senderos, instalación de atracciones, construcciones y demás no se taló un solo árbol. Por el contrario, se sembraron 5.000 nativos para reforzar el bosque altoandino tan maltratado en el territorio, en detrimento de sus funciones clave: regulación hídrica, captura de carbono y provisión de hábitats para especies endémicas.

El programa de siembra es permanente, y con el ánimo de continuar la restauración de la zona, cuya tierra estaba devastada y pobre, se creó el programa «Adopta un árbol» para los visitantes.

Cuando se concibieron los ecoparques estaba muy claro que en ellos era requisito fomentar la educación ambiental y el respeto por la biodiversidad; empoderar a las comunidades locales y generar beneficios económicos directos para sus habitantes; trabajar en el uso racional de agua y energía (emplean tecnología limpia, paneles solares); manejar residuos y reducir uso del papel; conservar ecosistemas, amparar flora y fauna protegida y rescatar saberes ancestrales para ofrecer experiencias auténticas, éticas y transformadoras. En principio, ambiciosas metas, difíciles de alcanzar, pero ese derrotero es el que se sigue y con bastante éxito.

El primer paso fue socializar el proyecto. Cerca de 120 vecinos, en pleno poscovid, armados de tapabocas, recorrieron el terreno que ahora miraron con otros ojos; sintieron



orgullo, disfrutaron cada innovación y gozaron en cada una de las atracciones. Fueron los invitados especiales más importantes para el proyecto y lo siguen siendo.

La intervención de uno de ellos, don Luis Carlos Gutiérrez (q.e.p.d.), líder campesino y amante de la naturaleza, fue crucial. Insistió en que en esa tierra árida debió existir un aljibe, «así que cavó hasta que encontró el nacimiento de agua. De ese terreno seco y árido nació un hermoso bosque que continúa en crecimiento». Los ecoparques han generado en la zona empleo en guianza —gran opción para los jóvenes, algunos de los cuales ya han creado sus propias empresas—, hospedaje, gastronomía y venta de artesanías.

Guardianes de Salitrillo

Involucrar el futuro era perentorio. Surgió así un proceso pedagógico que incluyó a las familias de la zona. Los pequeños tenían la misión de preguntar a padres y abuelos cuáles animales existían en Ty Xie y ya no están. Con montones de respuestas, juraron cuidar la naturaleza y enseñar a sus mayores qué animales, plantas y agua se custodian y no se pueden maltratar. «Como buenos guardianes, cada uno tenía su uniforme con el que velaría por la defensa de la naturaleza».

La comunidad local se apropió con entusiasmo de las iniciativas de educación ambiental, turismo responsable y rescate de saberes ancestrales. El impacto de lo que ocurría los convirtió en guardabosques.

Gaia, otro proyecto ecosostenible de Santa Sofía, se sumó a la iniciativa, y con el apoyo de Beto Gómez, publicista ambiental y promotor de culturas ancestrales, se creó la «Cartilla de Guardabosques de Salitrillo ¡Al rescate del agua de la vereda!», liderada por la Institución Educativa Técnico Agropecuario, Sede Salitrillo. ¿Resultado? Una comunidad que respeta el entorno, rechaza el tráfico de flora, fauna, bienes culturales, y promueve la equidad, la inclusión y el trato digno. Por ejemplo, el proyecto Paso del Ángel trabaja también en la prevención de la explotación sexual comercial de niños, niñas y adolescentes (ESCNNA) y, con base en las leyes existentes, sensibiliza sobre este y demás temas a visitantes, aliados y colaboradores.

«Para el diseño de senderos, instalación de atracciones, construcciones y demás no se taló un solo árbol».

Agradecida, cada día la naturaleza responde mejor a sus cuidadores, el patrimonio se fortalece y la comunidad comprende y vigila los dones que le han sido dados. Es la esencia de la sostenibilidad y la meta de estos parques maravillosos en Colombia y en cualquier lugar del mundo. Lo propio, la comunidad, lo nativo, lo ancestral, constantes protagonistas de los ecoparques de Santa Sofía. Si aquel fue sitio de culto para nuestros muiscas, así deben conservarse. 🌀

«Ginomonia» cultural



Por Fernando Baena Vejarano

«Patrimonio». Término del derecho romano. *Patri* significa padre. *Monium*, lo recibido. Lo que se hereda del padre, lo heredado. ¿Y es que de la energía materna no se recibe nada? ¿Y por qué se ha invisibilizado su ofrenda? ¿Y por qué no más bien ser, en vez de patriotas, matriotas, como propuso el escritor francés Xavier Etienne, quien, para

refutar al Plan Patriota, escribió su libro *El Plan Matriota*? ¿No hay valores menos tangibles, más redondos, como los de cuidar, nutrir y dar leche con tus senos? ¿Por qué no salen en Colombia, en primera fila, las madres comunitarias con sus niños a caminar el 20 de Julio y, tras de ellas, ahí sí, a marchar, las tropas de asalto? La testosterona cumple

su función social, sin duda. Si no se exhiben aviones de combate pueden invadimos los vecinos. Pero, ¿y si fuera mayor motivo de orgullo nacional dar cuidados a nuestros niños desde la cuna, para que tengan un carácter noble y dulce, inteligente y seguro cuando crezcan? ¿Y qué tal si llamáramos de otro modo lo que sentimos propio, esta vez no para restringirnos a la mirada clásica que contabiliza sus inventarios culturales registrando objetos materiales que con toda lógica se recuperan, preservan, cuidan y exhiben? Las palabras son filtros de percepción. Gracias a ellas vemos el mundo de cierta manera. Son gafas que al mismo tiempo nos impiden ver nuestro entorno de otro modo. Ojalá logremos saltar de la colina fálica del patrimonio a la concavidad uterina. *Gino* alude al arquetipo femenino que nos nutre desde adentro a hombres y mujeres. Llamemos *ginomonia* al amor por los valores propios. Que el neologismo matriarcal nos guíe. Habla distinto y pensarás diferente.

¿No decaen las tradiciones vivas, cuando se vuelven folclor para la venta?

Nuestros valores locales se cifran y simbolizan, pero no equivalen a nuestra arquitectura colonial, nuestras costumbres culinarias, nuestros concursos de balcones o los fósiles de dinosaurios. Son solamente lo más visible. Pero, como diría Antoine de Saint Exupéry,

«lo esencial es invisible a los ojos». Nuestra *ginomonia* no se percibe con los cinco sentidos. Por eso se dice «patrimonio inmaterial». Porque es más difícil detectar el deterioro de lo que es más profundo y complejo formular: proyectos de política social y educativa para conservar la formación neohumanística. No es que no sea apreciable una estatua de Ricaurte, o la casa donde murió Nariño, o la esquina por donde cruzó Bolívar a caballo. Pero cada cosa vale por el ideal que representa, los afectos que encarna. El valor *ginomonal* es vapor de agua, humedad en el ambiente. Cuesta más inteligencia reconocer su sutileza, es más abstracto. Requiere menos sofisticación en cambio reconocer la molécula del agua en cubitos de hielo que sirvan para enfriar el whisky.

Viajemos a Europa, llena de calles con historia, repletos sus museos de obras famosas. Todo un lujo. Su patrimonio, restaurado de la Segunda Guerra, está afortunadamente a salvo. Pero ¿está viva la cultura europea? ¿O decae? ¿Se encarnan allá los ideales judeocristianos de la Europa medieval, los logros renacentistas del arte y pensamiento grecorromano, los aportes liberales de la Revolución francesa, los ingredientes anglosajones, pangermánicos e hispanos, que dieron lugar a Occidente? ¿Hay «patrimonio» que inhale el turista visitante, o ya no quedan sino sus momias? La población musulmana inmigrante del Reino Unido, ¿integra su honorable tradición al molde de Descartes, o enriquece lo mejor del islam con

Kant y Popper? ¿Y nuestro caso? ¿No decaen las tradiciones vivas, cuando se vuelven folclor para la venta?

La Pachamama, en el imaginario prehispánico, era mujer. La fuente originaria, femenina. No Zeus, no Yahvé, no un Dios hombre. La *ginomonia* nuestra, ¿cuál es? ¿Cómo podríamos proteger el alma y no solo la materia densa de lo que sentimos que «nos es propio»? ¿Cómo sería apreciar, de manera menos patriarcal, lo que nos vivifica? Un feminismo revanchista solo es un patriarcalismo a la inversa. Pero unas relaciones humanas suavizadas, una sociedad de encuentros, hecha de tiempo para vernos, escucharnos y estar juntos, abrazar empatías, ya sería bastante. No tanto lo que vendemos como «patrimonio». Sino lo que entregamos como calidez, contacto, cuidado, afecto, red de solidaridades, creatividad social y contención entre personas: democracia. *Ginomonia*. Honestidad. No patrimonio.

Le vendemos hospitalidad al turista. En cuatrimoto lo llevamos a los pozos azules. Bien. No creo que las vacas sean más boyacenses que las avestruces, ni que los viñedos sean menos «nuestros» que el masato o la chicha, ni que la ruana sea más «autóctona» que el bluyín, en pleno siglo XXI. Ese no es el punto. Locales somos cada vez menos en la aldea global. ¿Pero estamos reconociendo nuestra *ginomonia*? No se trata solo del afuera. Se trata también, y sobre todo, del adentro. No de lo que merece mostrarse en buen estado para usufructo de la agencia de

viajes. Bienvenido el turismo. Y los fines de semana con romería por la avenida principal, arcos de luz encajonando el recorrido empedrado en la etapa decembrina. Aplausos para las millojas y los chocolates. La ganancia. La valorización de predios. Y algo más. Algo más. Sin algo más no trascendemos el paradigma patriarcal del patrimonio, centrado

¿Cómo podríamos proteger el alma y no solo la materia densa de lo sentimos que «nos es propio»?

en los éxitos medibles.

El *algo más* nos guarda el secreto «femenino» —por así decirlo—, que hombres y mujeres haremos consciente. Es lo que nos bendice de esta tierra. Una textura, un misterio. No es solo un pasado que se enarbola como raíz patrimonial para explicar las ramificaciones que somos, aportándonos unidad, identidad y carácter. Sino algo más que bandera e himno, marcha triunfal y orgullo. No consiste solo en sacar pecho. Más Ying que Yang, es vientre. Paciente concepción de un futuro hilado con cariños. Gestación. Motivación para ir el sábado al mercado a ver uno con quién se encuentra, cuando lo que menos interesa es hacer las compras. Es futuro. Gracitud. Afecto guardado en tertulias de armonioso desacuerdo. Saludos al paso con desconocidos. Jugar al guía turístico con el recién llegado, y hacerle comprender sin esperar recompensa lo sencillo que puede

Paella[®] de Leyva



PIDE TUS PAELLAS PARA COMPARTIR EN CASA
O VISITA NUESTRO RESTAURANTE

📞 313 380 3325 - paelladeleyva.com



«Villa es una joya que hay que cuidar permanentemente»



©Andrés García

Por Isabella Recio Calero

El patrimonio cultural de Villa de Leyva es rico en bienes naturales, arquitectónicos e intangibles que le han merecido la denominación de Pueblo Patrimonio de Colombia. Su preservación es una tarea difícil que requiere de la buena voluntad de dirigentes del orden nacional, local, y de sus habitantes.

En este escrito, exploramos algunos de los más vulnerados por el paso

del tiempo y las esperanzas para su preservación, guiados por **Víctor Gamboa Chaparro**, cabeza del gobierno local, y las ganas de defender este patrimonio.

El mandatario compartió su visión desde la Casa de Juan de Castellanos, histórica sede de la Alcaldía. Desde que asumió su mandato se ha caracterizado como un realizador que donde pone el ojo, vuelca

todo su esfuerzo, apoyado en sus conocimientos como economista maestro de gobierno y un doctorado en estudios políticos.

Al agradecerle el tiempo concedido, respondió que el agradecido era él, evidenciando su cordialidad y algo que no escapa a ningún cronista: mira siempre de frente, mientras va hilando sus ideas.

«Estamos esperando permisos de la dirección de patrimonio de Mincultura y los recursos están asegurados».

¿Cuáles identifica como los hitos del patrimonio cultural de Villa de Leyva?

Hay muchos por los que somos especialmente visitados: la «magia» villaleyvana que enamora a la gente y, obviamente, el tema cultural. Villa de Leyva es hoy un pueblo muy cosmopolita que destaca a nivel nacional y coexiste con diferentes culturas, tanto en la zona urbana como rural.

Por ejemplo, en lo gastronómico y todo lo que tiene que ver con eventos de gran aforo, como el Festival de Luces, de Cometas y los de arte, que le apuntan a otro público más formado, como Villa de Letras, o los relacionados con la música. Eso logró que estemos camino a definir-

nos como una localidad del mundo y para el mundo.

Tanto en esta administración como en las anteriores hemos logrado mantener la línea de conservar un estado de cosas muy importantes para nosotros. Entre ellas, destaco que el patrimonio arquitectónico colonial debemos conservarlo. Con mano dura y con pedagogía, inculcando el valor de cuidar nuestro Centro Histórico y su periferia.

Resalto que Villa de Leyva se está definiendo por sí sola, quiere ser un remanso de paz, donde se disfruta su silencio, sus calles. Por supuesto, la economía de Villa de Leyva depende del turismo y este de los eventos. Pero también es muy importante recuperar nuestros sitios históricos patrimoniales.

Real Fábrica de Licores

Después de mucho tiempo hemos logrado iniciar la recuperación de casas emblemáticas como esta. Su entrada tenía una estructura metálica en pésimo estado, antiestética, que no protegía el escudo de León y Castilla. Hoy, gracias a un acuerdo con el sector privado, se arregló la fachada y el interior. Muy pronto esperamos que funcione en sus instalaciones la Secretaría de Planeación. Esas casas se deterioran si se abandonan, necesitamos darles vida.

Claustro San Francisco

Va muy bien. El año pasado logramos recuperar la pared oriental sobre la carrera séptima. Interna-



mente, era un botadero de basura. Allí vivía una señora dedicada al reciclaje —un oficio digno, por supuesto—, pero que realizaba en un espacio patrimonial, y durante más de 24 años ningún alcalde había logrado su devolución. De manera articulada logramos que lo entregara para trabajar ese patio. Hoy no es perfecto, pero tiene un jardín bonito y sin basura.

Tenemos estudios y diseños de la cruzja oriental del Claustro, trabajada en tapia pisada y adobe. Estamos esperando permisos de la dirección de patrimonio de Mincultura y los recursos están asegurados. Con los permisos comenzaremos a recuperar esa sección, que es más nueva que el interior. De tres procesos de licitación, dos quedaron desiertos y el ganador del tercero instalará una sobrecubierta que evitará que continúe el deterioro.

En el Claustro San Francisco se están empleando técnicas ancestrales y, después de esperar meses, Mincultura nos dio permisos para intervenir la fachada. El Claustro llevaba décadas sin trabajos de recuperación. El arquitecto Óscar Lee dirige las obras que dejarán las únicas puertas y ventanas de Villa de Leyva autorizadas pintadas de rojo. Si los permisos fueran más ágiles, ya tendríamos listo el Claustro.

«Ha tocado enseñarles que Villa de Leyva es diferente y hay que conservarla de manera diferente».

Será el gran centro cultural, artístico y musical de Villa de Leyva, con biblioteca. Un patrimonio que

nuestra gente podrá disfrutar y utilizar, donde artistas, como escultores, pintores y músicos, realizarán sus trabajos y dictarán talleres. Al ritmo que llevamos, el propósito es que el Claustro San Francisco esté en operación en noviembre y diciembre del próximo año.

En la Alcaldía hemos sido muy juiciosos organizando las finanzas y dejamos una reserva para el Claustro. Antes de finalizar nuestro gobierno, lo entregaremos en perfectas condiciones para su goce cultural.

«Los únicos materiales válidos, acordes con nuestra arquitectura colonial, son madera, piedra o forja. Por mucho tiempo se ignoró lo autorizado».

La Casa Museo Antonio Ricaurte

Dejaron vencer el comodato suscrito entre la Fuerza Aérea, la Alcaldía y el Ministerio de Cultura para su funcionamiento. La Fuerza Aérea decidió llevarse los objetos de la época que hacían honor al inolorado capitán Antonio Ricaurte. ¿En qué estamos ahora? Tenemos algunos permisos del Ministerio y algunos recursos. Lo primero es apuntalar el techo porque la casa presenta fallas estructurales.

Lo segundo es reabrir el Museo y entregarlo a los colombianos, y el indicado para operarlo es la Fuerza Aeroespacial Colombiana. En esta administración logramos que la Casa tenga seguridad 24/7 con vigilantes.

Aparte, hemos priorizado el patrimonio del Centro Histórico y sus vías. Las piedras son de mediados del siglo pasado y hay que mejorar sus condiciones con la idea de adecuarlo, que sea seguro y atractivo como patrimonio. Hacemos un llamado para que el sector privado contribuya cuidando sus fachadas.

La contaminación visual y auditiva en la Calle Caliente y otras, además de la falta de espacio para peatones, es una preocupación constante, señor alcalde. ¿Qué se va a hacer?

El 75 por ciento de la economía en Villa de Leyva es sector servicios: turismo, bares, restaurantes, hoteles, cafés que conviven en competencia sana. Pero empieza a complicarse lo organizado para el Centro Histórico. Los únicos materiales válidos, acordes con nuestra arquitectura colonial, son madera, piedra o forja. Por mucho tiempo se ignoró lo autorizado, colocando publicidad con plástico, luces de neón y fosforescencias, además de letras inadecuadas. Estamos haciendo un esfuerzo enorme por corregirlo, incluso manejando temas legales. Este es un trabajo permanente con Policía y Planeación, pero no ha sido suficiente. Iniciamos en la plaza principal del Centro Histórico y vamos avanzando. Los comerciantes

creen que necesitan letreros muy llamativos. Incluso hay empresas grandes que pegan volantes o afiches hasta en los postes. Ha tocado enseñarles que Villa de Leyva es diferente y hay que conservarla de manera diferente.

El problema del espacio público invadido con materas y letreros obedece a que, al construir las cintas peatonales, fueron utilizadas por mucha gente para movilizarse rápido, sobre todo las motos. Los comerciantes colocaron matas, letreros o conos para intentar evitar accidentes. Pero generaron otro problema.

Ya radicamos un proyecto de acuerdo con el Concejo Municipal para crear nuestro propio organismo de tránsito y movilidad. Si se aprueba, por medio de pedagogía, además de mecanismos económicos y jurídicos, esta situación quedará en el pasado.

Mi mensaje es que el alcalde es un aglutinador, quien direcciona las acciones por el patrimonio en el municipio. Es un trabajo en equipo que necesita veedores activos, constructores que entiendan el valor que tiene; que los visitantes entiendan que este no es cualquier pueblo donde pueden hacer lo que quieran. Villa es una joya que hay que cuidar permanentemente para que no se dañe. Es un deber de todos entenderlo así, para que nos vaya bien. Eso es pertenencia y amor por lo nuestro. ☺



Fe en el patrimonio

Por Diego Castañeda

Ráquira hace parte del territorio muisca, donde Nemequene, 500 años antes de la llegada de los europeos, dio a su comunidad las leyes que recogen el conocimiento de la antigüedad; con frío y blando barro modeló la naturaleza.

Los primordios de iglesia en Ráquira fueron destruidos o incendiados por los indígenas. Fue en 1600 cuando se concreta la construcción de la actual iglesia, denominada iglesia-catedral en 1690. Se levantó con un estilo gótico, con ventanas y puertas ojivales, roseta central, y estiletes dirigidos hacia el cielo. Su frontis fue terminado hacia 1912. El interior es estilo colonial.

El sacerdote para el patrimonio religioso debería ser un restaurador profesional, así como el restaurador de almas es el párroco.

El patrimonio puede ser definido como el legado que heredamos a las generaciones futuras para fuente de inspiración. A su vez, la fe es la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve.



La iglesia-catedral de Ráquira como «patrimonio religioso» ha sido objeto de variadas restauraciones, de las cuales no hay documentación en la parroquia, ni en la diócesis de Chiquinquirá. Cada párroco ha administrado su fe y la edificación bajo inspiración divina y con su criterio particular.

En estos días del mes del patrimonio se llevó a cabo una rifa para



©Diego Castañeda

Portón interior de la iglesia-catedral de Ráquira que será cambiado, debido a su mal estado y por el riesgo de caerse. Actualmente su color verde no hace armonía con el color rojo de la puerta principal.

recaudar limosnas, como acto de caridad y misericordia, con el objetivo de arreglar el portón interior de la iglesia-catedral de Ráquira, portón cuyo propósito es marcar una transición entre el mundo exterior y el espacio sagrado; al ser de madera, las colonias de comején lo han horadado. Con un poco de fe se podría afirmar que este portón es un patrimonio del pueblo católico de Ráquira, y el párroco como actor de fe puede considerar que es urgente cambiarlo, ya que divide el exterior con el interior divino, y está a punto de caerse. La duda es como la de santo Tomás, ¿quién mete el dedo en la llaga o en el portón?

Portón que miles de feligreses de generaciones sucesivas han visto, tocado, se han recostado, que probablemente no lo valoren como patrimonio y sea algo alejado de su fe.

**La fe es la
certeza de lo
que se espera.**

Nunca han abierto las puertas a las declaratorias de patrimonio. Se guarda la esperanza de que los cambios sean acordes con la tradición, que se acuda al concilio y al sanedrín del tangible e intangible patrimonio.

El sacerdote para el patrimonio religioso debería ser un restaurador profesional, así como el restaurador de almas, doctrinario y guía de las verdades reveladas es el párroco. También es cierto que lo que se considere patrimonial debe nacer al interior de la comunidad, como una expresión reveladora de la tradición. De mi parte no doy fe, ni meto las manos en la candela por este cancel; solo ruego a Dios y a los hombres de buena voluntad que el cambio encarne una estructura sólida y armoniosa con la integridad del templo.

**El patrimonio
puede ser
definido como
el legado que
heredamos a las
generaciones
futuras para
fuente de
inspiración.**

Además, la entrada principal que simboliza el paso de la oscuridad a la luz divina, que alude a los conceptos de fe y esperanza con sus arcos ojivales que indican el ascenso hacia lo celestial, también está atacada por colonias de comejenes que, como pequeños fantasmas, se mueven por túneles sin ser detectados. Trabajan desde adentro hacia afuera, como debe ser la fe. Como debe ser el reconocimiento del patrimonio, nacer desde dentro de cada persona y expresarse como unidad y luz de una comunidad. ☿



Fragmento de la entrada principal de la iglesia-catedral de Ráquira. Se pueden observar signos de deterioro



La iglesia del Carmen de Villa de Leyva: ejemplo de continuidad arquitectónica



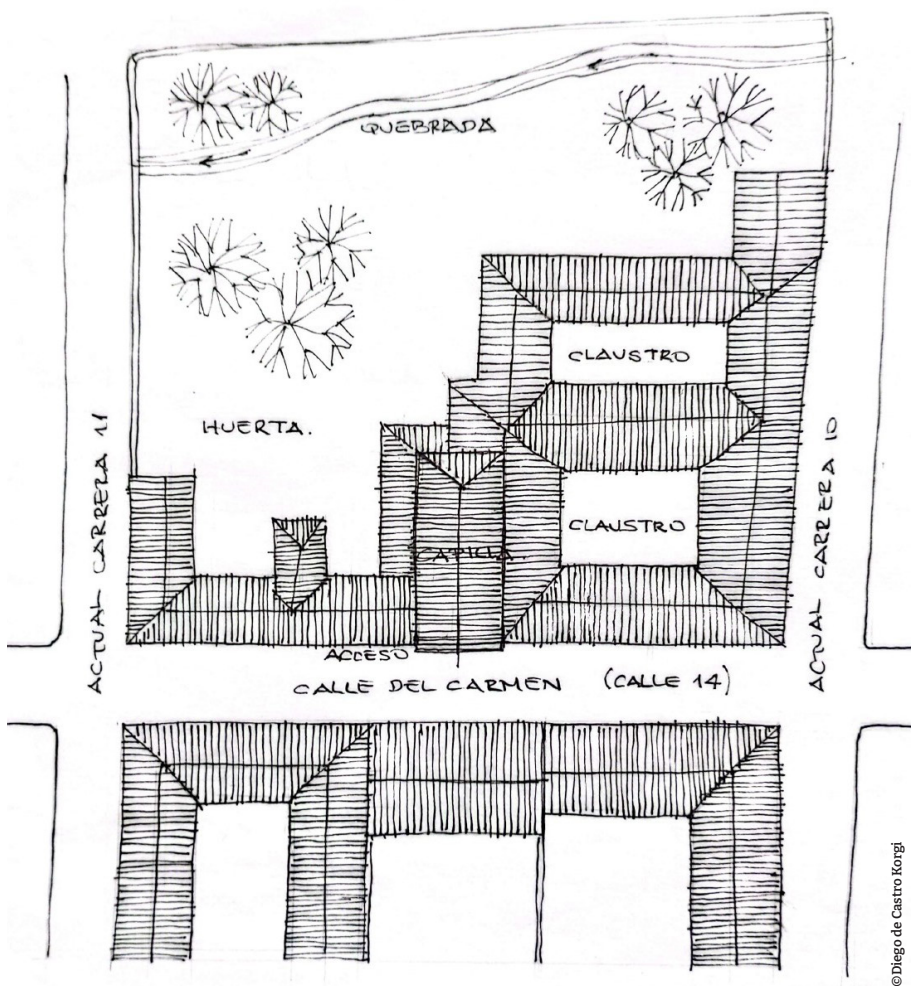
La iglesia del monasterio de las carmelitas descalzas de Villa de Leyva, vista desde la plazoleta

Por Diego de Castro Korgi

Hay un lugar en Villa de Leyva que por sus características propias posee el aire más andaluz que se pueda encontrar en todo el contexto urbano de la población. Es el entorno próximo de la iglesia del monasterio del Carmen, conformado por una plazoleta y dos calles cerradas al oriente y al occidente del templo, que a primera vista rompen con el trazado original reticular, propio del urbanismo colonial.

El monasterio de la orden del Carmen, fundado el 8 de abril de 1645 por religiosas procedentes del Carmelo de Bogotá, previa autorización de una cédula real del rey Felipe IV de España, comprendía desde sus inicios una manzana completa de la traza urbana, ubicada una cuadra al norte de la plaza principal, limitando con la quebrada San Agustín que cerraba la manzana por un costado y donde las carmelitas descalzas cons-

truyeron inicialmente dos claustros unidos en torno a patios centrales y una capilla con acceso principal a la calle, que desde entonces comenzó a llamarse calle del Carmen.



© Diego de Castro Korgi

Planta del monasterio del Carmen de Villa de Leyva a finales del siglo XVII

Por casi dos siglos permaneció inmutable el edificio del monasterio con sus tejados de madera armados con la técnica mudéjar del «par y nudillo» cubiertos de robustas tejas de barro, sobre blancos y gruesos muros de adobe, piedra y ladrillo, revocados y encalados, dentro de los cuales las carmelitas se dedicaban a la expiación, a la oración y al cultivo de la huerta, separadas del mundo exterior. Hasta que un hecho inesperado vino a romper la inmutabilidad de la clausura: en 1836, según lo declaró el padre provincial de la orden, José de Jesús Saavedra, sucedió la renovación milagrosa de un cuadro de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá que se guardaba en malas condiciones en el monasterio desde el año de 1813, cuando el capellán de

la orden de esa época, Benedicto de la Borda, lo recogió de una casa en ruinas cercana al monasterio y lo confió a las monjas carmelitas, que en un principio se atrevieron a rechazarlo por su estado ruinoso.

La composición de la torre y las fachadas nos recuerdan el diseño de los templos coloniales de San Francisco en Bogotá y Tunja.

La devoción popular comenzó a llamar a la imagen «Mamá linda renovada» y se alzaron voces, desde la curia hasta los fieles comunes, sobre la necesidad de construir un templo acorde con el milagro para alojar y venerar a la Virgen. Para el año de 1844, época en que ya se le atribuían numerosos milagros a la imagen, la orden de carmelitas solicitó al arzobispo de Bogotá, Manuel José Mosquera, permiso para edificar un templo, el cual les fue concedido inmediatamente. Los primeros problemas surgieron en cuanto al diseño y la ubicación del templo. Por las grandes proporciones que este debía tener, se pensó en ampliar la capilla original del monasterio, invadiendo el patio del claustro; también en demoler una sección oriental del edificio para dar cabida a la obra; tal vez construir en la huerta anexa al claustro o en el área del terreno baldío junto a la quebrada, pero resultó tierra inestable. Para lo que parecía ser una inevitable mutilación del edificio, argumentó la priora de la época, Rosalía del Sacramento, que, según revelación divina por ella recibida, «el templo debería ubicarse en la calle pública» (la calle del Carmen), adosado longitudi-

nalmente al monasterio de oriente a occidente y unido perpendicularmente a la capilla original. La idea, que parecía descabellada, fue consultada a la Jefatura del Cantón de Leyva para su aprobación, la cual autorizó el plan siempre y cuando la orden adquiriera dos casas ubicadas sobre la acera nororiental de la manzana sur, frente al monasterio, y que asimismo cediera esos terrenos para formar una plazoleta que permitiera la circulación a la calle del Carmen que se pretendía invadir y para que albergara también la fachada lateral del nuevo templo. La orden, que no poseía recursos para adquirir los inmuebles, fue objeto de la generosidad de los dueños de los predios, María de los Santos Torres y Custodia García, que una vez cedidos y demolidos, formaron el espacio necesario para la creación de la requerida plazoleta.



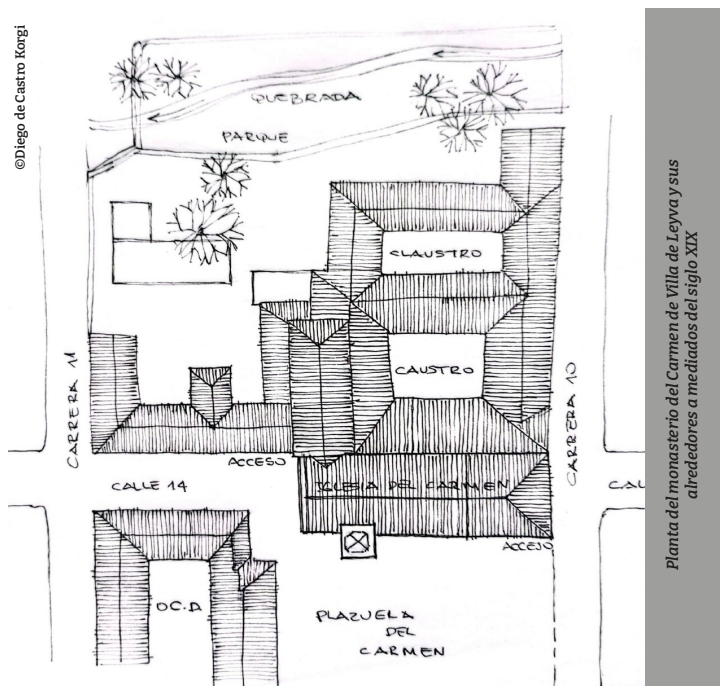
Con recursos provenientes de la curia y una lluvia de donaciones de fieles devotos y gentes principales, se llenaron con fervor y dinero las arcas de la orden villaleyvana y se dio comienzo a la obra. En julio de 1845 se realizó la ceremonia de la colocación de la primera piedra, bendecida solemnemente en la igle-

sia principal de Villa de Leyva y llevada en procesión hasta el emplazamiento de la construcción. El capellán de la orden, padre José Joaquín Páez, dio investidura al maestro y hábil constructor Ciriaco Chávez, que venía de trabajar en la construcción de la iglesia parroquial de Jenesano.

Es interesante el resultado del diseño y la ejecución de la iglesia del Carmen, tal y como la admiramos hoy en día, concebida respetuosamente dentro del concepto acertado de la continuidad arquitectónica y estilística del edificio al cual se adosa, ya que nunca supondríamos que no se construyó en el periodo colonial. Es también notoria su concepción por cuanto, en la época de su ejecución, ya se había desechado en casi todo el país la idea de reconstruir templos de estilo colonial, y las obras se orientaban más a un diseño en estilo neoclásico, hecho que logró borrar para siempre los rasgos de muchas iglesias coloniales.

Llama la atención la composición longitudinal del templo, adaptada al largo de la calle donde fue implantada, y su altura, resultado de la reforma de la cubierta sur del claustro que debió adaptarse a una sola agua, doblando su altura para lograr adosar el volumen del templo. El interior ofrece gran amplitud y una tenue luminosidad, con un gran balcón del coro sobre el acceso, una nave única con arco toral, su cubierta armada con la técnica usada en el siglo XVII y su altar mayor desprovisto de retablos coloniales, lo que delata su fecha de construcción.

Bajo el balcón del coro y cerca del acceso, se abre la antigua capilla del monasterio, que hoy es un altar de la Virgen del Carmen y donde se aprecia la antigua celosía de la clausura.



La fachada principal, incrustada en el callejón resultante en la calle del Carmen al occidente (actual calle 14), es un bello ejemplo de diseño y composición colonial, con una airo-sa y alta espadaña pentalobulada de dos cuerpos, separados por amplias cornisas molduradas, pináculos y cinco calles con aberturas en arcos; en el cuerpo inferior se observa un curioso detalle bajo dos ventanas rectangulares: la portada principal de acceso al templo, enmarcada en piedra, se ubica al centro con respecto de la calle, descentrándola de la composición de la fachada.

La fachada principal, incrustada en el callejón resultante en la calle del Carmen al occidente (actual calle 14), es un bello ejemplo de diseño y composición colonial.

Para dar más amplitud al paso peatonal hacia la plazoleta, la torre, de base cuadrada, retrocede con respecto al plano de la fachada principal y, asimismo, sobresale con respecto a la fachada lateral, logrando protagonismo en la composición; resaltan sus esbeltas proporciones, con su alto basamento en piedra a la vista y sus dos cuerpos superiores encalados, rodeados de grandes cornisas, con los arcos y óculos del

campanario enmarcados por pilastras, todo ello coronado por un blanco pináculo ochavado. La composición de la torre y las fachadas nos recuerdan el diseño de los templos coloniales de San Francisco en Bogotá y Tunja, de claro diseño colonial de los siglos XVI y XVII, que seguramente sirvieron de inspiración al maestro Chávez.



©Diego de Castro Korgi

Fachada posterior de la Iglesia del Carmen de Villa de Leyva, que cierra el paso de la calle 14, vista hacia el occidente

En la fachada lateral, sobre la plazoleta, muy cerca de la torre se abre un segundo acceso al templo, con una portada de arco enmarcada en piedra labrada con hornacina superior y pináculos, que corresponde a lo que fuera la portada original de la capilla del monasterio, a la que se accedía por la desaparecida calle del Carmen.

El 30 de diciembre de 1850, luego de cinco años de construcción, tuvo lugar la bendición del nuevo templo y la entronización de la imagen renovada de la virgen del Rosario de Chiquinquirá. Hubo misas solemnes, procesiones, castillos de pólvora, celebraciones y verbenas, entre el fervor y la devoción popular.

Hoy por hoy, los fieles devotos y visitantes asocian más la advocación del templo a la Virgen del Carmen y no a la imagen renovada de la virgen del Rosario. En el recinto de la iglesia y sus alrededores, en julio de cada año, tienen lugar las celebraciones a la Madre del Carmelo, con procesiones, misas, celebraciones y una gran congregación de fieles.

Aun así, desde la construcción de la iglesia, y por la razón que fuere, Villa de Leyva ganó para su patrimonio arquitectónico uno de los más bellos edificios de su entorno urbano: un importante templo levantado doscientos años después de la construcción del monasterio donde fue implantado, con una arquitectura que engrandece lo simple y sencillo de su concepción; que se adapta respetuosa y estilísticamente al antiguo edificio que lo acoge y donde se conforman además espacios urbanos con la magia que nos recuerda los rincones de los pueblos de Andalucía, que aquí ennoblecen el diseño y el estilo de nuestro arte colonial. 🌀



Ruinas de Gachantivá

Viejo o patrimonio rescatado

Por Jairo Barbosa

Los pueblos de indios fueron formas de organización establecidas por la autoridad española desde mediados del siglo XVI para «proteger» y optimizar el rendimiento de las comunidades indígenas. Generalmente se ubicaban en los mismos territorios que tradicionalmente ocupaban, salvo que su objetivo principal era realmente dominar, esclavizar y adoctrinar. Se crearon como forma de minimizar el abuso y exterminio de las poblaciones indígenas, y en ellos los colonizadores asumieron un control tanto económico como eclesiástico; recaudaban tributos, imponían trabajos forzados y realizaban la conversión a la religión católica.

**Tendremos
que hacer una
arqueología del
alma para hallar la
esencia del pueblo
que llevamos
dentro.**

Eran réplicas básicas de las villas españolas, en forma de cuadratu-



ra. Constanaban de una plaza mayor central rodeada de las sedes de las autoridades eclesiásticas y administrativas; templo doctrinero, casa cural y el cabildo o sede administrativa. En las cuadras adyacentes, las casas de los principales y sus solares; en las periféricas, las chozas indígenas, el cementerio para blancos y el cementerio de indios.

No hay una fecha precisa de la fundación de Gachantivá, pero se estima que fue a principios del siglo XVII y estuvo habitado hasta prin-

cipios de 1900. Fue abandonado paulatinamente por una latente desertificación que trajo como consecuencia el agotamiento del recurso hídrico y, por ende, de las posibilidades de sobrevivencia. Tampoco existe un registro puntual de cuándo se concretó el sitio que actualmente ocupa, llamado Quebradas, por su abundancia de agua y también de yacimientos mineros, los cuales habían sido explotados desde tiempos prehispánicos.

El caso es que del abandono devino el olvido y la pérdida de la relación con el lugar. En la medida en que fueron muriendo los habitantes originales, el vínculo se fue alejando para quienes se trasladaron al nuevo emplazamiento; se convirtió en leyendas, en mitos que alimentaban un imaginario, pero que, a su vez, hacían difuso el sentido de pertenencia. De no ser por esa marcada presencia de lo ancestral, de lo indígena, que guardaron quienes se quedaron habitando los entornos de Gachantivá Viejo, se habría perdido enteramente la memoria del lugar, patrimonio que sobrevive aún en oficios artesanales, tradiciones culinarias, cultivos ancestrales, técnicas de construcción y vocablos que anidan ese dejo antiguo de los descendientes muiscas que poblaron este territorio.

Fueron muy pocas las familias que se quedaron allí y mantuvieron una relación con las ruinas de la iglesia doctrinera del Resguardo Indígena de Gachantivá, sin que ello fuese suficiente para dar al lugar el reconocimiento que merecía, pero tam-

poco óbice para perder el vínculo con esa ancestralidad no asumida formalmente por sus descendientes desde el traslado del pueblo ni por los gobiernos de turno, una vez reconocida la condición de municipio. No obstante, en la oralidad se mantuvo viva esa certeza de hacer parte de una cultura que estuvo desde mucho antes de la llegada de los españoles.

**Fue en 1996
cuando el Concejo
Municipal de
Gachantivá declaró
las ruinas de
Gachantivá Viejo
como Patrimonio
Histórico y
Cultural.**

Fue en 1996 cuando el Concejo Municipal de Gachantivá declaró las ruinas de Gachantivá Viejo como Patrimonio Histórico y Cultural, pero no hubo un folio de matrícula inmobiliaria ni escritura pública que acreditara tal pertenencia, solo una cédula catastral emitida por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi. No se realizó ninguna acción administrativa que diera la pertenencia e importancia debida a ese bien patrimonial, ni estudios, ni mantenimiento, ni presencia institucional. Quedó ahí como un bien sin estima, sin vínculo, sin doliente real, en donde pastaban semovientes y de cuando en vez alguien guaqueaba o se llevaba un pedazo de piedra para tener un recuerdo con historia en la sala de su casa.

Esa particularidad, la de carencia real de propiedad, llevó al propietario de un predio colindante unos años adelante (2009) a demandarle al IGAC incluirlas en la matrícula inmobiliaria de su predio que sí contaba con registro en la oficina de instrumentos públicos de Moniquirá. La demanda prosperó de una manera no clara y sin fundamentos legales, logrando anular la cédula catastral que le daba posesión al municipio de Gachantivá.

El señor en cuestión, ciudadano preocupado por lo patrimonial para su «personal» beneficio, con la inclusión de las ruinas en su matrícula inmobiliaria, ni corto ni perezoso levantó una escritura pública, que le dio plenos derechos sobre un terreno donde lo intangible, es decir, la memoria, los vestigios, los posibles valores culturales que allí hubiese, le pertenecían. Eso se llama oportunismo criollo o «colombianada». Mandó además instalar una casa prefabricada dentro del predio de las ruinas, donde un agregado contratado para el cuidado de sus bienes se fue a vivir; le ordenó cercar el patrimonio y le prohibió la entrada a particulares o funcionarios, salvo los que él, amo y señor, lo permitiera.

Los sucesivos gobiernos municipales buscaron la forma de restablecer su propiedad sobre las ruinas de Gachativá Viejo, mediante querrelas, demandas, veedurías ciudadanas y otras acciones jurídicas sin lograr que los resultados fueran favorables. Solo desde el anterior

gobernante se logró encontrar una ruta jurídica que solucionara la situación de las ruinas: una acción popular. El fallo fue contundente; si bien no dirime la propiedad del terreno, puesto que no es de su competencia, restablece el sentido social del patrimonio, en tanto que esa condición de ancestralidad está vinculada a unos habitantes reales del territorio. En ese sentido puntualiza que el patrimonio es inalienable; hace parte de una comunidad, de una cultura, de unos orígenes, de una antropología social vinculada a una colectividad.

**El señor levantó
una escritura
pública que le dio
plenos derechos
sobre un terreno
donde lo intangible
le pertenecía.**

Por otra parte, conmina al municipio a hacerse responsable de ese patrimonio, a elaborar un informe detallado de los orígenes y asentamiento del municipio, donde incluya un mapa que contemple todos los valores histórico-arqueológicos que existan y, si es del caso, solicitar el acompañamiento de las instituciones pertinentes, del ICAHN y Secretaría Departamental de Cultura. Igualmente, a buscar la declaración de las Ruinas de Gachantivá como bien cultural y a restaurar la pertenencia de este espacio físico al municipio de Gachantivá juntamente con el IGAC, impidiendo de



<https://youtu.be/T2Pn66i6YM8?si=ByJaWRDyXUQ3cYuF>

Creditos: Martínez Celis, Diego. Gachantivá: Historia, Memoria y Patrimonio Cultural. Alcaldía de Gachantivá, 2022.

esta manera que los bienes patrimoniales culturales sean enajenados por terceros con intereses mezquinos.

Todos los anteriores debates a ese fallo versaron sobre la propiedad en sí, es decir, sobre el bien material, un terreno que se compra y se vende, se empeña y se cuantifica, se transforma y se personaliza, pero no contemplaron lo que subyacía: un hilo con el tiempo, una historia que permite mirar hacia atrás y entender de dónde se viene, por qué ciertos hábitos, ciertos dejos; cruce de saberes, heredades que afloran sin que siquiera se quiera. Lo que se ha perdido obedece al descuido, a la falta de presencia, de dolientes. Es mucho lo que aún queda por desentrañar; tendremos que hacer una arqueología del alma para hallar la esencia del pueblo que llevamos dentro. 🌀

Recorrer el patrimonio: al rescate del camino real

Esta historia comenzó hace unos 400 años, cuando la Colonia estaba en su apogeo y los pobladores —oriundos, criollos y foráneos— recorrían el Nuevo Reino de Granada. Para ello usaron y rediseñaron los antiquísimos caminos indígenas, como aquel que comunicaba a Vélez con Boyacá, que pasaba por Guatoque, por el valle del Ecce Homo, bordeaba el pueblo Yuca y llegaba a la parroquia de Suta. Posadas y guaraperías se encargaban del bienestar de los viajeros de esas rutas trazadas con técnicas de piedra labrada que respetaban la geografía montañosa.

Sendero del Camino Real, un viaje por nuestra historia.

Siglo tras siglo, para los vecinos de aquella vía fue cotidiana, utilitaria, y estaba tan interiorizada que casi no se notaba. Con el progreso y el asfalto, la vieja ruta se fue olvidando y el pueblo Yuca se convirtió en ruina. No obstante, algunas personas intuitivas resguardaban el camino. Una de ellas es la líder social y ambiental Laura Isabel Suárez. Soña-

dora y enérgica, en 2022 ella, con un grupo de quince habitantes de la zona rural, decidieron participar en una de las convocatorias de la Corporación Colombia Internacional (CCI). El grupo escogió el antiguo camino para desarrollar allí una ruta agroecoturística que, además de recobrar el sendero, beneficiara a familias de la vereda Pedregal, donde está ubicado y, en general, a la población de Suta y del Alto Ricaurte. Tal vez, en aquel momento estos vigías espontáneos no estaban plenamente conscientes de lo



que patrimonialmente significaba esa acción.

El grupo comenzó un proceso de capacitación en turismo rural y, para ello, acudió a instituciones como el Ministerio de Agricultura, Pademer, Sena y Anuc. Eran muy conscientes de la necesidad de conservar y preservar el tramo del camino ancestral, que soporta gran importancia histórica y cultural y que ofrece todo lo requerido para que, en bellas condiciones naturales, se practique senderismo.

Inicialmente el grupo estuvo conformado en su mayoría por mujeres rurales y un porcentaje menor de hombres; ellos no sobrepasaban el 10 por ciento. Luego, se promovió voz a voz la actividad, preguntando a quienes tenían algún vínculo con el turismo y espíritu de guardianes del territorio y se volcaron en la capacitación en temas empresariales y turísticos.

Resultado de ese proceso, el 9 de julio de 2025 fue registrada ante la Cámara de Comercio de la ciudad de Tunja la Asociación Agroecoturística Caminos Ancestrales, cuya presidenta es Leidy Paola Suárez Rodríguez. Nacida en Sutamarchán, administradora de empresas y guía profesional de turismo, hija de doña Laura, Leidy continúa el legado y representa a las nuevas generaciones en esa ardua tarea de conservar lo propio, con el pleno entendimiento de que esa es la fuente de riqueza y que todas las actividades que se desarrollen en torno de ello deben propender a su preservación.

El primer producto de la Asociación, a la que ya se han vinculado varios operadores del municipio, se denomina «Sendero del Camino Real, un viaje por nuestra historia». Consiste en un recorrido guiado por un tramo del camino y sus alrededores. Incluye muestra gastronómica, pues Sutamarchán es un punto clave de exhibición de la comida tradicional boyacense. La ruta va acompañada de intervenciones musicales ejecutadas con requinto o tiple, a ritmo de bambucos, rumbas, guabinas y torbellinos. La vocación agrícola de la zona no se queda en el tintero. La visita incluye agroturismo, en especial, la apicultura y la vinicultura orgánica y artesanal. Puede parecer un poco extraño lo de la vinicultura, pero no. Esta área del Alto Ricaurte presenta características edáficas y climáticas tan particulares que frutos mediterráneos, llegados a estas tierras por el intercambio cultural surgido en el siglo XVI, encontraron un lugar para florecer. Así, Suta cuenta con olivares, viñedos, brevos, granados y capricultura, entre otros.

**Eran muy conscientes
de la necesidad
de conservar y
preservar el tramo
del camino ancestral,
que soporta gran
importancia histórica
y cultural.**

Sobre los planes que tiene la Asociación para conservar el patrimo-



nio y el camino real, Leidy cuenta que «legalmente desconocemos en parte cómo hacerlo, pero queremos blindar o proteger nuestros recorridos y que todos tengan un componente amigable con la naturaleza y conservacionista del patrimonio material e inmaterial del municipio de Sutamarchán [...]»

Leidy continúa el legado y representa a las nuevas generaciones en esa ardua tarea de conservar lo propio.

Queremos sembrar en los jóvenes esa semilla de dar un valor incom-

parable a sus terrenos, a su lugar, a su pasado, a su historia, a la biodiversidad. Esperamos contribuir a proporcionar un mayor conocimiento a la comunidad acerca de la riqueza natural, histórica, cultural, geológica, paleontológica y patrimonial de este territorio y cooperar con la generación de nuevas fuentes de ingresos. La organización de los recorridos recae en el comité de producción de la Asociación y en la dirección de los grupos. Se apoya en el guía principal y en los informadores locales o baquianos. Al comenzar cada sendero, se indican a los caminantes las prácticas conservacionistas y amigables con el medio ambiente, y durante la actividad se vela porque se cumplan y se guarde el patrimonio material y se divulgue el inmaterial». 9

Recuperación del templo de Sáchica



El Templo Doctrinero de San Lorenzo en Sáchica, verdadero legado colonial, estuvo a punto de colapsar. Hoy, recuperado, preside el parque principal y funge como un testigo de excepción de nuestra historia poshispánica

Por Pedro P. Rojas

El proceso de recuperación del templo inició en 2022 y comenzó desde la parte frontal hacia el baptisterio, pues la cubierta había colapsado por el clima y algunas patologías subsiguientes. Al final de ese mismo año, principió la recuperación de muros y soleras, y entrado el año 2023, se desarrolló una restauración más integral.

El primer paso fue construir una sobrecubierta que protegiera la es-

tructura primaria, los muros y los techos antiguos. Se armó, con una elevación de casi dos metros por encima, una especie de sombrero, lo que permitió desmontar tejas y todos los elementos de madera. Se nivelaron los cabezales de los muros y se hicieron unas cintas para dar un confinamiento en la parte superior que otorgara mayor estabilidad. Sobre esa estructura se construyeron soleras y todo el entramado de maderas, una cubierta



en «par y nudillo» a la usanza española, teniendo en cuenta que es un templo que data del siglo XVI. Su estructura obedece a los sistemas empleados y compilados en el tratado conocido como la carpintería de armar española, elaborado por López de Arenas (1633), técnicas con las que se edificaron muchos templos del período colonial en Sur y Centroamérica. Sáchica, joya de la colonia, no fue ajena a ese proceso.

La meticulosa tarea implicó buscar maderas de mejor calidad, que no se encontraban cerca del municipio.

Se había previsto rescatar solo la parte frontal hacia el atrio, pero el estudio de sanidad de maderas ejecutado determinó que el grado de afectación de los xilófagos (gorgojo y termitas) era muy alto, por lo que se procedió a ampliar la zona, prácticamente toda la estructura de cubierta y la artesa en su totalidad; se cambiaron las maderas podridas, se recuperaron los aleros y cornisas perimetrales de los muros. Se encargaron tablonos especiales

elaborados en chircales ubicados entre Sáchica y Ráquira para mantener la originalidad y la forma de las piezas.

La meticulosa tarea implicó buscar maderas de mejor calidad, que no se encontraban cerca del municipio. Se reemplazaron varios tirantes con luces de nueve metros, cuya función es amarrar y dar estabilidad horizontal a los muros. Cabe aclarar que el término «luz» es la distancia entre apoyo y apoyo. Los enormes maderos se buscaron por todo el país, debido a que la sección era muy grande; se consiguieron en la zona del Urabá. A esos elementos se sumaron eucaliptos rollizos, abarcos, sapanes, granadillos, debidamente inmunizados y secados a presión. Así se sustituyeron los antiguos palos de eucalipto y algunas maderas pobres que estaban en el templo desde hacía ya algo más de un siglo. El tratamiento de maderas se hizo en sitio, y los proveedores garantizaron que estaban secas y tenían las sustancias pertinentes para evitar la entrada de xilófagos.

Armada la estructura de cubierta del artesonado, se instaló un manto en impermeabilizante que alivió mucho el peso, más del 60 % por



©Petro Rojas

metro cuadrado, pues se eliminaron las «cargas muertas» debido a la forma antigua de poner maderos en unas camas de chusque o cañas, barro, pedazo de ladrillo de adobe. Al tiempo, se propicia una mejor respuesta ante los eventuales movimientos sísmicos.

Al interior del recinto se trabajó en retirar los zócalos de granito de los muros que no dejaban respirar el templo y alteraban la idea de altura; se cambiaron por piedra de la región de Sáchica y Santa Sofía. Asimismo, se recuperó el piso original en tablón que permite también la transpiración por las humedades ascendentes. En los altares, se trabajó con especialistas en bienes muebles en recuperación de las peanas de los laterales, así como del retablo central.

La intervención contempló también algunas obras, como el cuadro de las ánimas del purgatorio que, gracias al equipo de pintura mural de restauración de bienes muebles, recobró tonalidades, se cosió y se reemplazaron partes rotas, dando nueva vida y lectura a esa imagen tan venerada por los feligreses. Data de finales del siglo XVII y principios

del XVIII; denota una marcada influencia de la escuela Figueroa, probablemente fue ejecutado por uno de sus discípulos, bien sea Alonso Fernández de Heredia o Gregorio Vásquez de Arce.

Cabe resaltar que el liderazgo y la decisión férrea del padre Leonardo Ruiz fueron los pilares de la recuperación.

Se limpió el muro atrial de pretil de la fachada hacia el frente, se recompuso la argamasa de los morteros faltantes que existían, se limpiaron los portones y se rescató la mayoría de carpintería, restaurando y manteniendo lo existente. Se reforzó la parte frontal con platinas que van



embebidas; se recuperó la baranda atrial y todo el triángulo que se ve al entrar a la iglesia; se conservó la volumetría original, respetando valores y atributos, y se mantuvieron todos los niveles sin alterar alguno. De hecho, en la espadaña, los tres ojos se mantuvieron. Incluso, resultado del diálogo con la comunidad, se recuperó el gallo de la veleta, figura instalada hace cincuenta años, como consta en antiguos registros fotográficos.

Al terminar, se actualizaron redes, voz y datos, e iluminación, lo que favorece la observación de obras artísticas y pictóricas de la iglesia con sistemas adecuados. Un control acústico amplio y moderno también se incluyó.

La intervención contempló también algunas obras, como el cuadro de las ánimas del purgatorio, dando nueva vida y lectura a esa imagen tan venerada por los feligreses.

Cabe resaltar que el liderazgo y la decisión férrea del padre Leonardo Ruiz fueron los pilares de la recuperación; pese a muchas adversidades, sacó adelante el proyecto, que entrega a Boyacá y a Colombia uno de los templos mejor recuperados en cuanto a composición volumé-



trica, estética y simbólica, lo que genera apropiación y pertenencia en la comunidad. Incluso uno de los propósitos tanto del padre como del arquitecto restaurador fue retirar las rejas que se habían puesto tiempo atrás e impedían el acceso al templo. Se dejó un cancel, ya no en madera ni en ningún elemento que rompiera la lectura visual. Se restableció la transición entre lo privado y lo externo, mediante un vidrio templado apoyado en tubos de acero que generan ese espacio de tanta importancia para el culto, pero permite a cualquier transeúnte ver el altar desde fuera. 9



Culturas



El Colegio del Cuerpo en Villa de Leyva

Compañía del Cuerpo de Indias
Dirigida por Álvaro Restrepo y Marie France Delieuvin

ENTRADA LIBRE A TODAS LAS ACTIVIDADES

ORGANIZA



Programa
Fortalecimiento de
Museos Colombianos



GOBIERNO DE
Boyacá | Cultura



del Colegio del Cuerpo



COMPAÑÍA DEL CUERPO DE INDIAS

EN ASOCIO CON



ALCALDÍA DE
Villa de Leyva

ALIADOS



FUNDACIÓN | **sura**

El Colegio del Cuerpo en Villa de Leyva

3 de octubre

TALLERES EN ESCUELAS / 9:00 a.m.
San Roque, Ritoque, el Cardonal y Salto y Lavandera.

CONFERENCIA DANZADA
📍 **CLAUSTRO SAN FRANCISCO** / 6:00 p.m.

4 de octubre

MUESTRA DE LA OBRA NEGRA/ANGER
Homenaje a Nina Simone y Aimé Césaire
📍 **CASA MUSEO ANTONIO NARIÑO** / 10:30 a.m.
CÓDIGO PULEP: YPU121

CUANDO EL MUSEO SALE A BAILAR
Itinerario con danza en diferentes puntos del pueblo,
iniciando en la Casa Museo
📍 **CASA MUSEO ANTONIO NARIÑO** / 11:00 a.m.

FRAGMENTOS
Presentación de la Compañía del Cuerpo de Indias
📍 **CLAUSTRO SAN FRANCISCO** / 7:00 p.m.

ENTRADA LIBRE A TODAS LAS ACTIVIDADES

ORGANIZA



Programa
Fortalecimiento de
Museos Colombianos



GOBIERNO DE
Boyacá | Cultura



EL COLEGIO DEL CUERPO



COMPAÑÍA DEL CUERPO DE INDIAS

EN ASOCIO CON



Conexión
Equilibrio



ALCALDÍA DE
Villa de Leyva

ALIADOS



CASINO FOR
COLOMBIA

FUNDACIÓN | **sura**

VÍCTOR DE CURREA-LUGO

PALESTINA, genocidio y resistencia

